

Subjetividad y Tiempos Modernos. Una Aproximación al Malestar de la Época Desde el no-lugar.

Por: Matias Andres Alagastin Paz

matiandres@hotmail.com

Facultad de ciencias de la salud – UCSE.

Resumen

El objetivo de este trabajo es reflexionar la relación que se establece entre las condiciones de producción de subjetividad (Bleichmar, 2010) modernas, el estatuto de los no-lugares y el malestar de la época que configura síntomas particulares al contexto social. El no-lugar es un concepto proveniente de la antropología de Augé (1996, 2000) que se puede definir como un espacio donde circulan los individuos. Las características del no-lugar se hallan íntimamente relacionadas a la modernidad. La sociedad moderna puede ser entendida en relación a los atributos que le otorgan autores como Bauman (2004, 2008, 2013), Lewkowicz (2006), Giddens (1994, 1997), Augé (1996, 2000) y Lipovetsky (2003, 2006), cuyas características principales serían la separación del tiempo y el espacio, la multiplicidad de instituciones, la eliminación de los límites y la profusión de imágenes y del consumo. Por otra parte, autores como Galende, (1998), Lewkowicz (2006), Bleichmar (2010), Assef (2013), y Wechsler (2018), establecen que no se puede ignorar la cultura ni el tiempo histórico en el que se originan las prácticas y los discursos sociales que generan efectos en los sujetos. A partir de esto, se propone que cada época va a configurar una subjetividad o síntomas determinados. El interjuego de estos conceptos permite suponer que los síntomas de la época responden a la imposibilidad de asumir un lugar sólido (Bauman, 2004) desde el cual los sujetos puedan estructurarse.

Palabras clave

Sociedad actual, subjetividad, trastornos.

RECIBIDO 22 DE NOVIEMBRE DE 2023 | EVALUADO 14 DE MAYO DE 2024 | PUBLICADO 27 DE JUNIO DE 2024



Artículo publicado bajo Licencia Creative Commons (CC) Atribución NoComercial CompartirDerivadasIguual 3.0
http://creativecommons.org/licenses/by-nc-sa/3.0/deed.es_AR

Abstract

The aim of this paper is to reflect on the relationship established between the conditions of production of modern subjectivity (Bleichmar, 2010), the status of non-places and the malaise of the time that configures particular symptoms to the social context. The non-place is a concept coming from Augé's anthropology (1996, 2000) that can be defined as a space where individuals circulate. The characteristics of the non-place are closely related to modernity. Modern society can be understood in relation to the attributes given to it by authors such as Bauman (2004, 2008, 2013), Lewkowicz (2006), Giddens (1994, 1997). Augé (1996, 2000) and Lipovetsky (2003, 2006), whose main characteristics would be the separation of time and space, the multiplicity of institutions, the elimination of limits and the profusion of images and consumption. On the other hand, authors such as Galende, (1998), Lewkowicz (2006), Bleichmar (2010), Assef (2013), and Wechsler (2018), establish that culture and the historical time in which the practices and social discourses that generate effects on subjects originate cannot be ignored. From this, it is proposed that each era will configure a certain subjectivity or symptoms. The interplay of these concepts allows us to suppose that the symptoms of the epoch respond to the impossibility of assuming a solid place (Bauman, 2004) from which the subjects can structure themselves.

Keywords

Actual society, subjectivity, disorder

Introducción

El objetivo de este trabajo radica en presentar las características sociales y de la subjetividad de la época para, posteriormente, ser leídas y reflexionadas a la luz del concepto de no-lugar, buscando establecer los efectos de constitución subjetiva actuales.

Diferentes investigaciones realizadas a lo largo de América Latina dan cuenta de la prevalencia de distintos trastornos mentales a lo largo de la región (Kohn, y otros, 2005; Campo-Arias & Cassiani Miranda, 2008; Flora de la Barra, 2009; Moreno & Moriana, 2012; Torres de Galvos, Agudedo-Martínez, Sierra-Hincapié, & Salas-Zapata, 2014; Fiestas & Piazza, 2014; Obando Posada, Romero Porras, Triujillo Cano, & Prada Mateus, 2017; Organización Mundial de la Salud, 2018; Ballarino, 2018; Bär, 2018). Los resultados de estos estudios evidencian la presencia de trastornos como el espectro de los trastornos de ansiedad –ansiedad generalizada, ataques de pánico, entre otros–, el trastorno depresivo mayor, trastornos relacionados al consumo problemático de sustancias y trastornos conductuales, como los que se posicionan entre los más diagnosticados entre adultos y jóvenes.

Lutereau (en Sálliche, 2018) destaca la diferencia de esta nueva sintomatología comparándola con los cuadros freudianos que se presentaban entre finales del siglo XIX y principios del XX, en los que "el neurótico [...] consultaba porque los lazos sociales eran [demasiado] coercitivos" (Sálliche, 2018), a diferencia de la época actual donde estos se encuentran debilitados. Los sujetos² se hallaban enfrentados a una serie de expectativas sociales que influían coercitivamente en la vida de estos, en contraposición a las actuales que se encuentran aminoradas –y en algunos casos derribadas–. Es por esto que se puede afirmar que "hay un sufrimiento ansioso en nuestra época que no tiene nada que ver con la angustia que padecía el neurótico de la época de Freud" (Sálliche, 2018).

Se puede suponer entonces que las modificaciones dentro del plano estructural de las sociedades actuales tienen repercusiones sobre las constituciones subjetivas de los sujetos que las (con)forman (Ibarra Ibáñez, 2021). La sintomatología configurada actualmente en el campo de la salud mental permite inferir que ciertos fenómenos (de)muestran y (d)enuncian formas particulares de ser, estar, pensar, sentir y actuar que son correlativas a los tiempos que corren. A partir de esto se plantean los siguientes interrogantes que intentarán ser respondidos a lo largo de este breve artículo: ¿Cuáles son las características generales de la estructura social actual? ¿Cuáles son los principales rasgos de la subjetividad de los sujetos en los tiempos modernos en relación a los no-lugares? ¿Qué revelan los síntomas actuales?

Este artículo no busca discutir en profundidad la complejidad del concepto de subjetividad. Sin embargo cabe destacar que, según Sibilia (2008), puede ser abordado desde tres dimensiones de análisis, a saber: en un extremo el nivel particular que hace foco al sujeto como "único e irrepetible" (p.20); el nivel global que toma en cuenta al conjunto total de característica del género humano; y el nivel intermedio que se puede denominar como dimensión particular o específica "que busca detectar los elementos comunes a algunos sujetos, pero no necesariamente inherentes a todos los seres humanos" (pp.20-21).

Basándose en una revisión bibliográfica (Sabino, 2002), se pretende desarrollar un marco referencial sobre las condiciones de producción de subjetividad (Bleichmar, 2010) para lograr una aproximación a la constitución subjetiva de la época entendida en su dimensión específica. Por un lado, se utilizarán los conceptos de la sociología de Bauman (2004, 2008, 2013) y Giddens (1994, 1997) para analizar las tendencias generales en la caracterización de la sociedad contemporánea. Por otro lado, se empleará la perspectiva antropológica de Augé (1996, 2000) para explorar el concepto de no-lugar, el cual será relevante más adelante en el estudio. Además, se considerarán las ideas de Lipovetsky (2003, 2006) para

² A lo largo del trabajo se hará hincapié en la idea de sujeto relacionado a la subjetividad. Sin embargo, habrá pasajes donde la noción de individuo aparecerá. Para vislumbrar las diferencias y los usos que se hacen de los conceptos, ver Galende (1998).

³ Tal como los entiende Álvarez (2006).

reflexionar sobre los discursos³ que influyen en los modos de ser, estar, actuar, pensar y sentir particulares en este contexto.

Las conceptualizaciones en torno al concepto de subjetividad (Galende, 1998; Lewkowicz, 2006; Bleichmar, 2010; Assef, 2013; Wechsler, 2018) y su posterior articulación con los desarrollos vinculados al malestar en la cultura (Freud, 1992) y el apareamiento de síntomas particulares al tiempo histórico, permitirán el acercamiento al (no)lugar de constitución subjetiva que, según se sostiene en esta perspectiva, es un (no)lugar particular y efecto del contexto determinado principalmente por el predominio de la imagen y las dificultades en lo que a articular una historia y una identidad se refieren (Augé 1996, 2000), generando configuraciones sintomáticas particulares que se pueden denominar como subjetividad o síntoma de la época (Assef, 2013; Wechsler, 2018).

2- Sociedad Actual⁴

2.1 – Aproximaciones desde la perspectiva de Giddens y Bauman

Una de las características fundamentales de la sociedad actual es la creación de instituciones bajo la tutela del Estado-nación, que confiere un carácter multidimensional a las organizaciones sociales modernas (Giddens, 1994). Es por esto que desde la perspectiva de la sociología inglesa de Giddens (1994; 1997) se hace necesario captar las características del Estado-nación para comprender el resto de los órganos que funcionan en lo social. Según este autor, el advenimiento de las instituciones se convierte en lo fundamental de la modernidad, ya que evidencia la ruptura con todo tipo de organización social premoderna, principalmente porque "los cambios provocados por las instituciones modernas se entretienen directamente con la vida individual [...] alterando] de manera radical la naturaleza de la vida social cotidiana" (Giddens, 1997, p.9). Junto a la aparición de las instituciones se pueden hallar otras figuras que caracterizan la sociedad, a saber: "la separación entre tiempo y espacio [...] el desarrollo del mecanismo de desanclaje [...] [y] la apropiación reflexiva del conocimiento" (Giddens, 1994, p.59). A esto debe sumarse el papel que juegan el riesgo, la fiabilidad, los sistemas expertos y las señales simbólicas, los cuales son efectos que se vinculan estrechamente a los mecanismos de desanclaje y dan sustento al dinamismo extremo de la sociedad. Por todas estas particularidades de la época, el autor propone que

el mundo moderno es un «mundo desbocado»: no solo el paso al que avanza el cambio social es mucho más rápido que el de todos los sistemas anteriores; también lo son sus metas y la profundidad con que afecta a las prácticas sociales y a los modos de comportamiento antes existentes (Giddens, 1994, p.28)⁵.

Bauman (2004), también en coincidencia con Giddens (1994, 1997), afirma que "la modernidad empieza cuando el espacio y el tiempo se separan de la práctica vital" (p.14). La modernidad, según este autor, se encuentra atravesando una fase de liquidez o fluidez —en un sentido metafórico— que se puede definir como la "fase actual —en muchos sentidos nueva— de la historia de la modernidad" (p.8), y se caracteriza principalmente porque aquello que se considera como «lo líquido» adopta las peculiaridades de los fluidos, los cuales

no se fijan al espacio ni se atan en el tiempo [...] [,] no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos (y proclives) a cambiarla [...] [,] para ellos lo que cuenta es el flujo de tiempo más que el espacio que

pueden ocupar: ese espacio que, después de todo, solo llenan 'por un momento' [...]. Las descripciones de un fluido son como instantáneas, necesitan ser fechadas al dorso (p.8).

La liquidez se puede definir también por su contrario, la solidez. Para Bauman (2004) los tiempos sólidos están asociados al modelo de producción fordista, entendido como "un sitio de construcción epistemológica sobre el cual se erigía toda la visión del mundo" (p.62). En este paradigma fue posible hallar ciertos discursos encargados de regular el orden social porque esta "época de la 'modernidad sólida', [era] la época para la construcción de marcos y cercos resistentes hechos para durar, para la integración y la unificación" (Bauman, 2013, p.59). A diferencia de la modernidad líquida, en la sólida existieron límites bien definidos a partir de alguna institución, valor o ideal; contruidos e impuestos para orientar la praxis social y dar cohesión a los grupos sociales: "los primeros sólidos [fueron] las lealtades tradicionales, los derechos y obligaciones" (Bauman, 2004, p.9). Es así que la solidez tuvo sus máximos referentes en los lugares y agentes productores de subjetividad hallados en los puestos encargados de impartir autoridad: lugares de legislación, creación de rutinas y supervisión de la vida social; lugares desde donde se imponían límites, definían metas, objetivos, identificaciones, ideales y demás discursividades determinadas por la verticalidad-jerarquía-autoridad (Bauman, 2004).

Otro aporte relevante para la caracterización de la época es el realizado por Lewkowicz (2006) que, en cierto punto, se alinea con los desarrollos de Bauman (2004; 2013)⁶. El autor argentino destaca que "transitamos [...] el pasaje de la solidez a la fluidez" (Lewkowicz, 2006, p.175) debido a la imposición de la lógica de los fluidos en numerosos campos sociales y la consecuente descomposición de los parámetros que estructuraron la experiencia de la modernidad sólida. La constitución de un medio fluido significa que "las conexiones entre dos puntos son siempre contingentes [...], dos puntos permanecen cercanos solo si hacemos lo pertinente para que permanezcan cercanos. Si no, su destino es derivar, desperdigarse, dispersarse" (Lewkowicz, 2006, p.177).

Teniendo en cuenta los desarrollos de ambos autores, se puede decir que lo que principalmente caracteriza a la modernidad líquida es la ausencia o el desfallecimiento de los límites, junto a la fluidez y levedad en los vínculos y lazos que se revelan cada vez más frágiles. Las consecuencias de este modo de constitución social son evidentes: "uno de los efectos de ese cambio de dirección ha sido la disolución de las fuerzas que podían mantener el tema del orden y del sistema dentro de la agenda política" (Bauman, 2004, p.11); otro, es que los «sólidos» que más se han visto afectados son "los vínculos entre las elecciones individuales y los proyectos y acciones colectivas" (Bauman, 2004, p.12). En pocas palabras:

el paso de la fase «sólida» de la modernidad a la «líquida»: es decir, a una condición en la que las formas sociales (las estructuras que limitan las elecciones individuales, las instituciones que salvaguardan la continuidad de los hábitos, los modelos de comportamiento aceptables) ya no se pueden (ni se espera que puedan) mantener su forma por más tiempo, porque se descomponen y derriten antes de que se cuente con el tiempo necesario para asumirlas y, una vez asumidas, ocupar el lugar que se les ha asignado. Resulta improbable que las formas, presentes o sólo esbozadas, cuenten con tiempo suficiente para solidificarse y, dada su breve esperanza de vida, no pueden servir como marcos de referencia para las acciones humanas y las estrategias a largo plazo (Bauman, 2008, p.7).

4 A lo largo del apartado aparecerán múltiples definiciones y conceptos que intenten englobar a la sociedad: sea modernidad (Giddens, 1997, 1994), modernidad líquida (Bauman 2013, 2008, 2004), sobremodernidad (Augé 2000, 1996), posmodernidad (Lipovetsky, 2003) o hipermodernidad (Lipovetsky, 2006). No obstante, la discusión en torno a la denominación y los criterios para definir la época escapan a la escritura de este artículo. Por lo pronto, se las utilizarán de una manera más bien descriptiva para esbozar una generalidad de hechos que acaecen en el contexto social.

5 Las cursivas son del autor. Se respetará esta modalidad de citado a lo largo del artículo.

6 Sin ánimos de ingresar en la discusión del concepto de lo líquido (Bauman, 2004) —ya que esto abre un espacio de discusión que excede a los objetivos del presente artículo— hay que destacar que la propuesta o los usos del concepto son criticados por Lewkowicz (2006), quien brinda una perspectiva orientada a la lectura de la fluidez en el país en vinculación directa a la dispersión.

2.3 – La Perspectiva De Augé

Según Augé (1996; 2000), lo que caracteriza a este período que denomina como sobremodernidad, son los excesos. Existen de tres tipos: exceso de tiempo, exceso de espacio y exceso de individualidad.

La primera de estas figuras está vinculada íntimamente a la "sobrebundancia de hechos mediatizados [que] implican al mismo tiempo nuestra historia y la de otros [siendo así] muy difícil encontrar un hilo conductor que constituya el sentido de nuestra vida individual" (Augé, 1996, p.103). Esto abarca una modificación sustancial en la forma de percibir y usar el tiempo, cuya principal consecuencia es la alteración de la inteligibilidad y construcción de la identidad de cada sujeto (Augé, 2000). El exceso de espacio, por otra parte, se refiere al "ensanchamiento del planeta" (Augé, 1996, p.103) y su posterior apertura que genera tanto superabundancia espacial en el presente, como modificaciones físicas en lo que respecta a la construcción de la sociedad (Augé, 2000). Es de destacar que exceso de tiempo y exceso de espacio son dos características que se ven influenciadas fuertemente por la participación de los medios masivos de comunicación en la sociedad, los cuales, al tiempo de ensanchar –y acortar– el mundo, ponen al servicio de los grupos sociales la sobrebundancia de imágenes y acontecimientos que afectan a nivel colectivo e individual (Augé, 1996; 2000).

El último tipo de exceso es el de individualidad. Por este se entiende que "cada uno de nosotros es objeto exclusivo de la mirada de aquel o aquella" (Augé, 1996, p.104), dando un lugar de suma preponderancia a la experiencia personal y "la importancia de la referencia individual, tanto en nuestros comportamientos como en nuestras representaciones" (Augé, 1996, p.104). A partir de esto se puede proponer que "el individuo se cree un mundo" (Augé, 2000, p.43), por lo que, desde la perspectiva de este autor, se propone redirigir la mirada analítica hacia los fenómenos de singularidad: sea de objetos, grupos, pertenencias o lugares (Augé, 2000).

Como ya se dijo, exceso de tiempo y de espacio –o de imágenes y acontecimientos– se hayan íntimamente ligados a los medios de comunicación, en tanto que el exceso de individualidad se relaciona "al hundimiento de las cosmologías colectivas" (Augé, 1996, p.113), teniendo efectos inéditos en lo que respecta a la simbolización y creación de sentidos (Augé, 1996; 2000). Las consecuencias directas de la sobremodernidad son, cuanto menos, contradictorias y paradójales, a saber:

en cierto sentido abren al individuo a la presencia de los demás; corresponden a una circulación más fácil de los seres, de las cosas y de las imágenes. Pero en otro sentido, dichas figuras repliegan al individuo sobre sí mismo, haciendo de él más un testigo que un actor de la vida contemporánea (Augé, 1996, pp.104-105).

Además, la consecuencia más novedosa de esta época es la producción de no lugares (Augé, 1996; 2000). Estos dan cuenta de que el mundo se encuentra condenado "a la individualidad solitaria, a lo providencial y a lo efímero" (Augé, 2000, p.84), forjando un nuevo tipo de soledad ligada a la producción y proliferación de estos no lugares (Augé, 2000).

2.4 – Lipovetsky: Lo Pos Y Lo Híper

Según Lipovetsky (2003) actualmente se asiste a una pulverización del "ideal moderno de subordinación de lo individual a las reglas racionales colectivas" (p.7) y al proceso de personalización⁷. Esto desemboca en la conmoción de la sociedad, de las costumbres, de los individuos que consumen masificadamente y de la individualización y socialización de estos, que aparecen de maneras inéditas y problemáticas.

De acuerdo al autor, la personalización anuncia el fin de la

7 Entendida como "una estrategia global, [y una] mutación global en el hacer y querer de nuestras sociedades" (Lipovetsky, 2003, p.8).

era moderna y su sustitución por la era posmoderna⁸. El advenimiento de este tipo de sociedad indica

[el] cambio de rumbo histórico de los objetivos y modalidades de socialización [...] [; es] el individualismo hedonista y personalizado [que] se ha vuelto legítimo y ya no encuentra oposición-, [es] la era de la revolución, del escándalo, de la fuerza futurista [concluidos]. [...] Es aquella [sociedad] en donde reina la indiferencia de masa, donde domina el sentimiento de reiteración y estancamiento, en que la autonomía privada no se discute, donde lo nuevo se acoge como antiguo, donde se banaliza la innovación, en la que el futuro no se asimila ya a un progreso (Lipovetsky, 2003, p.9).

La sociedad posmoderna, entonces, es aquella que disuelve la confianza y la fe en el futuro diferenciándose sustancialmente de la era moderna; era en la que se creía en un futuro guiado por la racionalidad científica y técnica; esa en la que se rompió con la tradición de jerarquías consanguíneas y con los relatos que imponían la soberanía desde lo divino y sagrado; la era donde la revolución, lo universal y lo racional fueron las metas y objetivos principales; donde las corrientes iluministas regían la vida social (Lipovetsky, 2003). Podría decirse que "la edad moderna estaba obsesionada por la producción y la revolución" (Lipovetsky, 2003, p.14), en tanto que lo posmoderno se obsesiona "por la información y la expresión" (Lipovetsky, 2003, p.14).

La época, según este autor, se caracterizaría porque se asiste a un tiempo en donde "las oposiciones rígidas se borran, en que se difuminan las preponderancias, en que la inteligencia de momento exige poner de manifiesto las correlaciones y homologías [pasadas, presentes y futuras]" (Lipovetsky, 2003, pp.79-80). Esto presume que se podría llegar "al momento histórico concreto en el que todas las trabas institucionales que obstaculizaban la emancipación individual se [resquebrajen] y desaparezcan" (Charles, 2006, p.23), evidenciando la caída de la autoridad y legitimidad de los grandes relatos, ideologías y estructuras socializadoras, y una cada vez más marcada aparición de los deseos personales y de la (auto)realización como imperativos de época, provocando una prolongación de la escena privada hacia lo público (Charles, 2006).

Sin embargo, la noción de posmodernidad no agota las posibilidades de explicación de la época, sino que el propio Lipovetsky (2006) afirma que la situación socio-histórica actual "no tiene precedentes: la modernidad no tiene ya enemigos redhibitorios, se ha reconciliado con sus principios y valores de base" (p.114). Parafraseando, lo posmoderno era ambiguo, torpe y en cierto punto difuso "porque lo que tomaba cuerpo era evidentemente una modernidad de nuevo cuño" (p.54); por ello, se puede plantear una «transición» hacia "la era de lo «híper», caracterizada por el hiperconsumo, [...] la hipermodernidad, [...] y el hipernarcisismo" (Charles, 2006, p.26), sin por ello derribar las nociones de lo pos.

La hipermodernidad se define como "una sociedad liberal, caracterizada por el movimiento, la fluidez, la flexibilidad, más desligada que nunca de los grandes principios estructuradores de la modernidad" (Charles, 2006, p.27); no significa la desaparición ni aniquilación de la modernidad, sino que es su culminación dado que los elementos que la estructuran pertenecen al orden de lo premoderno pero funcionan bajo una lógica moderna, es decir, una lógica desregulada y desinstitucionalizada, además de sustentarse en los tres pilares fundamentales de la modernidad: la eficacia técnica, el individuo y el mercado (Lipovetsky, 2006).

El nacimiento de la hipermodernidad indica la aparición de una nueva lógica, la imposición del imperativo de integrar y la multiplicación de temporalidades, sumadas al exceso de lo híper. No obstante, es posible hallar convivencia, crisis y multiplicación entre valores, ideales y otros caracteres modernos, que no manifiestan caos o nihilismo absoluto, sino que logran una articulación y funcionamiento de manera muy novedosa (Lipovetsky, 2006). Es por

8 No obstante, Lipovetsky (2006) posteriormente señala que el uso del concepto posmoderno no es una categoría filosófica ni teórica sino pragmática, además de afirmar que "la noción no es clara, remite a diferentes niveles y esferas de análisis difíciles de hacer coincidir" (Lipovetsky, 2003, p.79).

ello que, si bien se mencionó lo que se podría denominar como una caída de ideales, valores o instituciones, esto no significa una ausencia total de los mismos dado que "sin sistema de valores ningún cuerpo social es capaz de reproducirse. La sociedad hipermoderna no escapa a esta ley" (Lipovetsky, 2006, p.125).

3 – Subjetividad

Para hacer un acercamiento a los rasgos predominantes de la subjetividad de la época se hace menester una aproximación al concepto de subjetividad. En primer lugar, hay que destacar que "la psicología individual es simultáneamente psicología social" (Freud, 1992, p.67) a causa de que "en la vida anímica del individuo, el otro cuenta, con total regularidad, como modelo, como objeto, como auxiliar, y como enemigo" (Freud, 1992, p.67). En consecuencia, se puede afirmar que "todos los vínculos [...] tienen derecho a reclamar que se los considere fenómenos sociales" (Freud, 1992, p.67) y constitutivos. Los vínculos que el individuo logre establecer con los otros, van a ser desde donde este adquiera una serie de identificaciones, discursos, modos de sentir, de pensar, de actuar, entre otros, que son particulares y característicos de cada época. A decir de esto, Lacan (1985), por su parte, propone que "el comportamiento individual del hombre lleva la impronta de cierto número de relaciones psíquicas típicas en las que se expresa una determinada estructura social" (p.82).

Ahora bien, teniendo en cuenta lo desarrollado anteriormente en términos de características sociales, se puede decir que el tipo de subjetividad propio de cada situación se define por las prácticas y por los discursos que organizan la consistencia de [la] situación [social] [...] [por ello] llamamos subjetividad instituida al tipo de ser humano que resulta de las prácticas discursivas (Lewkowicz, 2006, p.75).

Lo propuesto a lo largo de los párrafos precedentes, permite vislumbrar la importancia de las estructuras sociales, de los otros, de los contextos y los discursos en donde se constituyen los sujetos, ya que "su subjetividad es producida por la cultura, a la vez que el individuo resulta productor de ésta, dando vida a la forma social" (Galende, 1998, p.229).

A los desarrollos expuestos, se puede agregar la propuesta de Assef (2013) quien propone que "cada época caracteriza y desarrolla un tipo particular de discurso que atraviesa y constituye la subjetividad de quienes la viven" (p.15): estos discursos van a ser los que dan forma a la subjetividad de la época. Según su propuesta, la subjetividad no sería algo estereotipado, concreto, fijo, inalterable o inamovible, sino que está conformada por una serie de características que se agrupan "como una construcción dinámica y variable" (p.15). Esto indica que la subjetividad funciona a modo de marco referencial en donde se inscriben y configuran los discursos y las prácticas individuales y sociales.

Podría afirmarse que la subjetividad de la época está estructurada en base a discursos hegemónicos⁹ que dictan los modos de sentir, pensar y gozar de los sujetos que se encuentran compartiendo un contexto (Assef, 2013). No obstante, se debe tener en cuenta que estas formaciones son "efecto de la inscripción que el otro humano produce de coagulaciones discursivas" (Bleichmar, 2010, p.13), es decir que, el sujeto hablante y narrador, "no lo hace a partir de su propio sistema deseante sino del modo con el cual la cultura de pertenencia define y regula las intersecciones entre deseos, sean pulsionales o narcisísticos, y sus modos de producción de subjetividad" (Bleichmar, 2010, p.13), lo que evidencia el interjuego entre sociedad y sujeto.

A partir de lo tratado, se puede plantear que la investigación de la subjetividad consiste básicamente en la interrogación de los sentidos, las significaciones y los valores, éticos y morales que produce una determinada cultura, su forma de apropiación por los individuos y la orientación que

efectúan sobre sus acciones prácticas. No existe una subjetividad que pueda aislarse de la cultura y la vida social, ni tampoco existe una cultura que pueda aislarse de la subjetividad que la sostiene (Galende, 1998, p.75), por lo que "la subjetividad solo puede reconstruirse post factum, es decir comprendiendo los sistemas de producción de subjetividad y deslindándolos [...] para luego establecer sus relaciones entre ellos" (Galende, 1998, p.229).

Desde la perspectiva de Bleichmar (2010), el concepto de subjetividad debe partir de su definición en un sentido estricto: es el "posicionamiento del sujeto de cogitación ante sí mismo y los otros, sujeto 'de inconsciente', atravesado por el inconsciente, pero articulado por la lógica que permite la conciencia de la propia existencia" (p.11). Además, se debe tener en cuenta que existen aspectos universales que adoptan formas particulares y específicas en determinados períodos históricos "y comprometen las relaciones entre el inconsciente y el yo" (pp. 11-12), porque la instancia imaginaria tiene que ser articulada con los enunciados producidos desde lo social. En pocas palabras, "la subjetividad, [...] implica categorías ordenadoras a priori del pensamiento fundamentalmente espacio y tiempo" (p.12).

Wechsler (2018) plantea, en consonancia con los autores antes tratados, que "la subjetividad está atravesada por el tiempo histórico en el que se vive" (p.53), dando cuenta de que los diferentes síntomas que se manifiestan varían de acuerdo a la cultura en la que se inscriban. Asimismo, asevera que la subjetividad es producida desde el (los) discurso(s) y por ello afirma que "el lenguaje [es el que] modela la realidad" (p.53). A partir de esto, se puede afirmar que siendo la subjetividad una formación de términos discursivos que hacen a los sujetos, también puede denominarse como «síntoma de la época» (Assef, 2013). El concepto de subjetividad, en pocas palabras, se relaciona íntimamente a los discursos correspondientes a un tiempo histórico determinado, que tienen efectos sobre la estructuración de los sujetos; sujetos que se posicionan en relación a los lugares posibilitados por estos discursos.

3.1 – Algunos Rasgos De La Subjetividad. Aproximación Desde Los No-lugares

Partiendo de Bauman (2008) quien propone que "la experiencia humana se constituye y recaba en torno a lugares, donde se trata de administrar la vida compartida, donde se conciben, absorben y negocian los sentidos de la vida" (p.116), se puede formular entonces que "la subjetividad depende de los lugares" (Lewkowicz, 2006, p.82). Anteriormente se expuso que el contexto de la sociedad actual es el caldo de cultivo para la aparición y desarrollo de los no-lugares (Augé, 1996; 2000). Este concepto proveniente de la antropología, indica el nacimiento de instalaciones que funcionan al servicio del acelerado tránsito de bienes y personas, consecuencia directa de las modificaciones físicas del espacio¹⁰.

Lugar y no-lugar funcionan como nociones límites o una falsa polaridad, debido a que en todo lugar puede hallarse un no-lugar, al mismo tiempo que un no-lugar es plausible de reconstituirse como lugar (Augé, 1996). No obstante, se puede definir al lugar como un "lugar de identidad, relacional e histórico [...] es el lugar del sentido inscripto y simbolizado" (Augé, 2000, pp.83; 86), en tanto que "un espacio que no puede definirse ni como espacio de identidad, ni como relacional ni como histórico, definirá un no lugar" (Augé, 2000, p.83).

Los lugares como lugar de producción de la subjetividad son aquellos ocupados por los sujetos mediante la designación por parte de la familia, las instituciones y estructuras sociales; son lugares pre-cedidos y hacen del individuo un sujeto pre-determinado, es decir que "no podría devenir sujeto quien no tuviera lugar en una estructura" (Lewkowicz, 2006, p.83). El lugar en la estructura proporciona un nombre al sujeto y permite configurar una serie de

9 Desde la propuesta de Angenot (Assef, 2013).

10 Ejemplo de esto son los medios de transporte, centros comerciales o campos de refugiados (Augé, 2000).

intereses y proyectos (Lewkowicz, 2006); lo que también pone en relieve la posibilidad de cada sujeto de gestar e incubar deseos y estímulos mientras se proporcionan espacios donde poder satisfacerlos o frustrarlos (Bauman, 2008). Sin embargo, como se indicó, con el nacimiento de la modernidad y las modificaciones en la época, el rol debilitado de las instituciones y el advenimiento de nuevos discursos, se asiste a un desvanecimiento de los lugares por ausencia de dominantes. Al mismo tiempo la heterogeneidad y diversificación de los lugares y las prácticas dan como resultado la incertidumbre y perplejidad generalizadas (Lewkowicz, 2006), que pueden llevar a la anulación, nivelación o vaciamiento subjetivo (Bauman, 2004) gracias a la proliferación de los no-lugares.

Comprendiendo al no-lugar como esos espacios que no son históricos, identitarios ni relacionales, se ha de afirmar que son nuevas formas de experimentar la soledad porque son lugares en donde se establece un conjunto de nuevas relaciones entre los fines –tales como el comercio, el ocio o el transporte– y los individuos –tanto en su relación con los otros como consigo mismos– (Augé, 1996; 2000). Según Augé (1996) “quien utiliza los no-lugares pasa junto a millones de otros individuos pero se encuentra solo, y son sólo los textos (carteles, discos, pantallas) lo que se interpone entre él y el mundo exterior” (p.105): autopistas, aeropuertos, mercados, supermercados, shoppings, centros comerciales, entidades bancarias, entre muchos otros espacios de la modernidad, son los (no)lugares donde se privilegia la comunicación mediante textos unidireccionales que indican a los individuos que transitan por ahí cómo actuar o cómo deberían manejarse en estos espacios durante el tiempo en el que se encuentran allí (Augé, 2000). Los mensajes configuran la individualidad de los consumidores transitorios y, al mismo tiempo, están destinados para el usuario u hombre promedio de los sistemas viales, comerciales y bancarios, por lo que se puede afirmar que “el no lugar es el que crea la identidad compartida de los pasajeros, de la clientela o de los conductores” (Augé, 2000, p.104) a partir del anonimato relativo dado por las identidades provisionales surgidas en y de los no-lugares.

De acuerdo con Bauman (2004) la esencia del no lugar radica en que este desalienta “cualquier idea de 'permanencia' [...] [;] aceptan la inevitabilidad de una permanencia prolongada de extraños, de modo que esos lugares permiten la presencia 'meramente física' [...] de sus 'pasajeros'" (pp. 110-111), por lo que en consecuencia “el espacio del no lugar no crea ni identidad singular ni relación, sino soledad y similitud” (Augé, 2000, p.107). El individuo de los no-lugares queda reducido a la función de consumidor, pasajero o usuario, experimentando una particular forma de soledad (Augé, 1996) y generando una paradoja intrínseca a este nuevo (no)espacio: “en los no-lugares nadie se siente en su propia casa, pero tampoco en la de los demás” (Augé, 1996, p.105).

La ahistoricidad propia de los no-lugares evidencia los tres excesos de la sobremodernidad planteados por Augé (1996; 2000). El interjuego de los excesos en este período permite que el tiempo actual logre atrapar al espacio, haciendo que cada individuo asuma un protagonismo exacerbado, acabándose todo en sí mismo y en el presente en el que se encuentra: en los no-lugares “reinan la actualidad y la urgencia del momento presente” (Augé, 2000, p.107). Por vía de las imágenes invasivas “el pasajero de los no lugares hace la experiencia simultánea del presente perpetuo y del encuentro de sí” (Augé, 2000, p.108).

Los excesos de tiempo, espacio e individualidad “no operan ninguna síntesis, no integran nada, autorizan solamente el tiempo de un recorrido, la coexistencia de individualidades distintas, semejantes e indiferentes unas de las otras” (Augé, 2000, p.114). En consecuencia, los espacios que se configuran en la sobremodernidad únicamente se hallan relacionados a un tipo muy particular de individuo –pasajeros, usuarios, oyentes, clientes– que no puede identificarse, socializar o localizar (Augé, 2000), evidenciando así que “el no-lugar es el espacio de los otros sin la presencia de los otros, [es] el espacio constituido en espectáculo” (Augé, 1996, p.105): espacio hecho por imágenes, espacio de los individuos sumergidos en

relaciones espec(tac)ulares. En palabras de Augé (1996), actualmente se asiste a una

espectacularización mediática a través de todos los mensajes y todas las imágenes de la televisión, de la radio, de la prensa y la publicidad, que nos dan tanto la sensación de estar tan cerca de los grandes de este mundo como de los condenados de la tierra, porque precisamente estamos ligados a ellos por palabras e imágenes cuya experiencia y dominio no poseemos: distanciamiento en todos los casos, del carácter facultativo o imposible del diálogo o del encuentro: los altavoces, los contestadores, los mensajes grabados, los teclados y las pantallas convierten en algo superfluo el intercambio de palabras. [...] [Esto corresponde] a la pérdida del vínculo social que se inscribía en un lugar (p.106).

Si bien se dijo anteriormente que el no-lugar se daba a causa de una modificación física del espacio, no solo se circunscribe a ella. El no-lugar también se manifiesta como “actitudes, [...] posturas, [...] [relaciones] que los individuos mantienen con los espacios que habitan o recorren” (Augé, 1996, p.105), lo cual permite afirmar que “la experiencia del no lugar [...] es hoy un componente esencial de toda existencia social” (Augé, 2000, p.112).

Sintetizando, se podría decir que estos espacios fragmentados y fragmentarios –efectos de la dominancia de la dispersión en lo social, de la pérdida de la historicidad y de la expansión en la velocidad del consumo de objetos a modo de collages–, “forman parte de una modalidad de encuentro acotado y pasajero, no ritualizado sino funcionalizado para la experiencia parcial y anónima que allí se realiza” (Galende, 1998, p.127); collages que configuran espacios con lugares que “tienden a borrar o ignorar las identidades sociales [...] generando la ilusión de un espacio social en el que se neutralizan las desigualdades” (Galende, 1998, p.128).

En el no-lugar, todos son consumidores, todos son usuarios, todos son individuos aislados sin identidad, sin historia, sin relaciones: todos son iguales, todos están unidos por las imágenes que los rodean, todos pertenecen al no-lugar pero son ajenos a este.

3.2 – El Malestar Y Algunos Síntomas De La Época

Como se ha venido desarrollando a lo largo de los apartados previos, las condiciones de producción de subjetividad (Bleichmar, 2010) y los discursos se ven teñidos por una serie de generalidades que se podrían englobar bajo las características de la separación entre el tiempo y el espacio, el proceso de personalización, el desfondamiento de las instituciones, los excesos, el predominio de la imagen, la paradójica multiplicación –pero al mismo tiempo desubstancialización– del tiempo, el narcisismo y el consumo. Entonces, tomando posición desde la teoría psicoanalítica, de acuerdo a Braunstein y Fuks (2008) se puede decir que la nerviosidad moderna

ha cambiado de rostro y todos se complacen en destacar con un goce recóndito los 'avances' de la depresión y el suicidio, de las patologías alimenticias con la bulimia y la anorexia a la cabeza y en la cabeza, de las toxicomanías tradicionales de las adicciones novedosas a los juegos, a la sexualidad o a los deportes de alto riesgo, de la anestesiada crueldad de los niños, del desamparo anímico y material de la tercera edad, de la precariedad de los vínculos en las parejas y del desinterés por la vida comunitaria en general y política en particular (p.9),

por lo que Wechsler (2018) hace un llamado a releer el malestar en la cultura de Freud debido a que “la presentación de los síntomas cambia según el tiempo en que se inscriben [...] [porque] hay una conexión entre cada inconsciente y el discurso de lo colectivo” (p.10) y a partir de esto preguntarse “con qué ropajes se visten actualmente los intentos técnicos, medicamentosos, morales, para intentar suprimir la hiancia inevitable entre el sujeto y la felicidad plena por la restricción inevitable de la pulsión por el acceso a lo simbólico” (p.9).

El malestar de los sujetos es el resultado directo de la

antítesis "entre la constitución [individual] y las exigencias culturales" (Freud, 2013, p.1249). Según Freud (1992) el hecho de tener poder, riqueza y éxito se presentan a modo de falsos raseros—cuando no imperativos a alcanzar— admirados en los otros, haciendo que los sujetos menosprecien "los verdaderos valores de la vida" (p.65). Una de las consecuencias principales es "el peligro de olvidar la variedad del mundo humano y su vida anímica" (p.65), forjando al padecimiento como el medio por el cual expresar eso que efectivamente está sucediendo.

La modernidad es generadora de los más variados síntomas y malestares en el conjunto social y más aún en los individuos, dado que "nuestra cultura descansa totalmente en la coerción de [las pulsiones]" (Freud, 2013, p.1252). Inhibir las pulsiones significa la aparición de las mismas de forma "nociva para el individuo [-a manera de formaciones sustitutivas-] y [...] le inutiliza para toda labor social" (Freud, 2013, p.1254), constituyendo los cuadros sintomatológicos modernos. Los que enferman, lo hacen porque "existe una frontera, más allá de la cual no pueden seguir su constitución las exigencias culturales. Todos aquellos que quieren ser más nobles de lo que su constitución les permite, sucumben a la neurosis" (Freud, 2013, p.1254). Es sacrificando energías y sufriendo un constante empobrecimiento interior como estos individuos pueden mantener una cierta cuota de vida y colaboración social: en el caso de verse imposibilitados de esto, se retiran de esta a causa de la enfermedad (Freud, 2013). Se puede decir entonces que "todo problema, a partir de aquí, consiste en la posibilidad (o imposibilidad) de satisfacción de la pulsión, y sus consecuencias" (Koren, 2008, p.110). Privar, reprimir o imposibilitar la satisfacción de las pulsiones, es algo que "se paga con fenómenos, que por su daño funcional y su carácter subjetivo displicente, hemos de considerar como patológicos" (Freud, 2013, p.1253).

Sabiendo que "el sujeto es marcado, de forma indeleble, por ciertas representaciones sociales y políticas de su tiempo" (Rudge & Fuks, 2008, p.78), lo cual quiere decir que es un sujeto social, político e histórico, hay que tener en cuenta las nuevas discursividades advenidas en el contexto de modernidad para analizar las producciones sintomáticas. Junto a las características dadas anteriormente, Koren (2008) destaca al reposicionamiento de la mujer en la vida social, el desarrollo de diferentes métodos anticonceptivos—y con ello la participación técnica en las cuestiones relacionadas a la reproducción—, la modificación en el uso del cuerpo, de la mentalidad y las prácticas tanto sexuales como sociales, el progreso del saber científico, el crecimiento de las sociedades democráticas y los nuevos discursos sociales que desplazan su foco sobre el individuo para que este pueda autorealizarse o desarrollarse permanentemente, como los principales cambios que datan desde la segunda mitad del siglo XX y que se acentúan aún más en estos tiempos; y afirma que "hemos pasado del hombre moderno y victoriano, al hombre (y la mujer) de la 'hipermodernidad'" (p.112).

Para Wechsler (2018) el sujeto de la época victoriana se estructuró en un contexto que empujaba a la represión de lo pulsional. Hoy en día esto ha cambiado porque "el malestar actual [...] proviene de la legitimación del registro pulsional" (p.12) dado el imperativo a gozar que no en pocas ocasiones empuja a los sujetos a "relaciones de una noche para hombres y mujeres, homosexualidades transitorias, encuentros esporádicos vía internet, alcoholismo, drogas, bulimia" (p.12). A causa de esto, la autora manifiesta que eclosionan nuevos síntomas: los vinculados a las nuevas maneras y estatutos en los que aparece el goce; "síntomas derivados de las nuevas tecnologías, técnicas y prácticas concretas de consumo" (p.13) cuya ejemplificación más concreta se da en el uso exacerbado de internet, la adicción a los celulares, la telebasura, el consumo descomunal de información y fake news, entre otras formaciones. Además de lo mencionado anteriormente, propone agrupar el malestar de la época en tres grandes conjuntos: las depresiones, los

síntomas relacionados a lo alimenticio y las toxicomanías¹¹.

Las depresiones adquieren el carácter de ser generales o generalizadas a causa de "los efectos de la morosidad económica, de la soledad, de la pérdida de sentido, [...] de la vida vinculante" (Wechsler, 2018, p.54) —esto se evidencia principalmente ante la precariedad, debilidad y volatilidad de los vínculos tales como los constituidos por la familia o la pareja—. Discrepando con lo propuesto por Lutereau (en Sálliche, 2018) a principios de este artículo, Wechsler (2018) afirma que los cuadros obsesivos, fóbicos, voyeristas o histéricos de antaño no han desaparecido, sino que aparecen metamorfoseados bajo la prevalencia de un autoerotismo narcisista envuelto "en un estado depresivo" (p.57). Estos estados son considerados como un autismo actual —diferente al clásico— que permite dar cuenta de que los sujetos "se retraen de la alteridad para acomodarse en un goce del Uno" (p.55) que se materializa "en el uso compulsivo de internet, la pornografía, las drogas, la bulimia y la obesidad" (p.55).

Las nuevas prácticas sociales, sustentadas en los discursos epocales, "eximen siempre de la problemática relación con el otro" (Wechsler, 2018, p.55), redireccionando la búsqueda del objeto de deseo no ya en la articulación de la demanda de amor hacia el Otro, sino mediante la exclusión de este por vía del consumo: gozar solo, solo-gozar, trae como efecto la aparición de los cuadros de depresión (Wechsler, 2018).

Cabe destacar que el término depresión "no es un diagnóstico psicoanalítico sino la forma más habitual de la narrativa neurótica actual" (Wechsler, 2018, p.58); narrativa que "es una manifestación que implica un repliegue narcisista, un desprendimiento de los objetos, una caída, en suma, del interés por el Otro. Desinvertimiento, trabas de la libido" (Wechsler, 2018, p.58). Los sujetos deprimidos se hallan sometidos a una desvitalización crónica cristalizada en el tedio, elaborando discursos donde prima "la queja, el lamento, la desdicha, el peso de la vida" (Wechsler, 2018, p.60).

Por otra parte, según Wechsler (2018) patologías como anorexias, bulimias u obesidad, tampoco son novedosas, sino que hoy aparecen en mayor medida que en tiempos pasados. Estos cuadros íntimamente relacionados a la oralidad, permiten visibilizar que el "goce de la sustancia está siempre allí, y no a merced de la ausencia o presencia del objeto a quien se demanda" (p.74): anorexia, bulimia y obesidad no solo de comida; también de objetos, de personas, de uno mismo, de sustancias, de medicamentos, de tóxicos: toxicómanos. Los sujetos que producen estos síntomas "devoran de manera autista, sin criterio, sin horarios, sin diferenciación [...], rompiendo las normas simbólicas" (p.74), gozando. Aquí "la ingesta se presenta sin dique simbólico [...] queda eclipsado frente al goce real, tóxico" (p.77) debido a que el objeto tragado no puede representarse y menos aún articularse a una cadena significativa para integrarse al orden del deseo. En pocas palabras, se podría decir que se da una "irrupción masiva [...] de la pulsión desatada [evidenciando que] la acción simbólica no ha alcanzado [...] para frenar el residuo animal del sujeto humano" (p.77). Las patologías del exceso demuestran lo indomable de lo pulsional, aquello que no se puede limitar por la acción cultural: se hace presente "el empuje de lo real hacia el goce mortífero" (p.78).

El exceso en los discursos sociales es algo intrínseco y propio de la época dado que "nuestra posmodernidad se caracteriza por un consumismo que pretende negar el registro de la falta; falta fundante del psiquismo que no puede ser colmada por ningún objeto" (Wechsler, 2018, pp.81-82). La profusión de objetos y mercancías que dan la ilusión de poder terminar con los dolores de la existencia, tienden a "evitar la dimensión inevitable de la falta de satisfacción total, plena" (Wechsler, 2018, p.82). En consecuencia, los objetos de consumo, consumibles y consumidos, "toman el signo del amor del Otro. La frustración amorosa [-causada por el goce-], dependiente de la respuesta a la demanda de amor, queda entonces anulada por el

11 Vale aclarar que estos tres exponentes del padecimiento se encuentran interrelacionados entre sí, concentrando el núcleo sintomático de los discursos actuales, sin por ello ignorar o desvalorizar demás formas patológicas.

dominio de la sustancia" (Wechsler, 2018, p.83).

El abanico de síntomas abordados en este artículo —a los cuales podrían agregarse otros tales como los psicósomáticos, los trastornos de ansiedad, el síndrome de burnout, actings, pasajes al acto, violencia generalizada, entre otros-, dan cuenta del "exceso del real del cuerpo [que] asfixia" (Wechsler, 2018, p.78); cuerpo que no es aquel que se presenta tal y como en las neurosis clásicas, sino que es "un cuerpo mudo por el demasiado lleno del goce que lo embarga" (Wechsler, 2018, p.78). Los cuerpos que no hablan enferman de silencio (Salamonovitz Weinstock, 2008), enferman de deseo (Wechsler, 2018), a causa de la ausencia de palabras que, "en vez de ser acto fallido, expresión de un deseo realizable a través del símbolo, no [son] sino la presencia de la pulsión de muerte" (Salamonovitz Weinstock, 2008, p.160). Los síntomas actuales son eso que se repite y fracasa en su inscripción: no cesan de no inscribirse (Salamonovitz Weinstock, 2008); son enfermedades "que constituyen otras tantas modalidades que el sujeto urde como refugio en el auto-amordazamiento del deseo del que se hace cómplice la razón institucionalizada que las autoriza" (Fernández Gaos, 2008, p.168), cuyo éxito radica en que aparecen disfrazados como una ilusión de "felicidad química a costa del aplastamiento del deseo, a costa del cierre del Inconsciente" (Wechsler, 2018, p.64); a costa de la ausencia de la palabra, intentando ser y convertirse en "un goce mítico, sin fallos, no interferido por el significante" (Wechsler, 2018, p.64), dando lugar a una anorexia de palabras que buscan "descarnadamente sentir algo en un cuerpo que nos es ajeno" (Salamonovitz Weinstock, 2008, p.159).

Los ropajes actuales que quieren —y logran- aniquilar la hiancia, el agujero, la falta constitutiva e inevitable del sujeto, el deseo; esos que permiten el dominio de la pulsión mortal y el goce mortífero ante un sujeto sometido al desvalimiento —y ausencia- del Otro; esos que impiden al Otro responder ante el silencio y el mutismo, ante la ausencia de palabras; esos ropajes que aparecen como sustancias, objetos, soluciones mágicas que aparentan eliminar el sufrimiento y la distancia entre una falsa felicidad y los sujetos, son los que los hacen enfermar, gozar, sintomatizar. Por ello, desde esta perspectiva se propone, de aquí en adelante, hacer un análisis no meramente descriptivo o estadístico de las patologías, sino que habría que apuntar hacia algo más allá. Leer los síntomas como lo que son: textos, palabras, expresiones inconscientes que revelan la "tensión entre el sujeto y el Otro de la cultura" (Rudge & Fuks, 2008, p.84) y se convierten en "una acción de protesta en contra de la acción coercitiva de la civilización" (Rudge & Fuks, 2008, p.84). Los síntomas no son inocentes: "llevan en sí un potencial de crítica social, que sólo podrá encontrar terreno fértil para ejercer sus efectos en tanto haya quien se disponga a prestarle oídos" (Rudge & Fuks, 2008, pp.94-95), alguien que se detenga a leer las prácticas y las discursividades mudas, alguien que pueda crear un lugar entre tantos no-lugares.

4 – Aproximaciones Finales

A lo largo del presente artículo, pudieron dilucidarse algunas cuestiones relativas a las características sociales y a las condiciones en las que se producen los discursos que hacen a la subjetividad de la época. Se articularon las características sociales con el malestar de la época y los trastornos diagnosticados en la región para así aproximar los mismos desde una perspectiva psicoanalítica y plantearlos como síntomas que contienen un texto encargado de demostrar y denunciar la tensión inherente entre la cultura —o el Otro- y los sujetos que se constituyen en un determinado contexto socio-histórico-político, y también como los portavoces críticos de algunos escenarios sociales.

Repasando brevemente, se puede decir que la sociedad actual se caracteriza principalmente por la creación y la multidimensionalidad de las instituciones que se cuelean en la vida social e individual; el desvanecimiento de los límites que rigieron y estructuraron épocas pasadas —o premodernas-; los excesos en gran parte de

la sociedad; la proliferación de no-lugares; un cambio global en torno a los «valores» e ideales que reinaron en lo premoderno; el hiperconsumo, la hipermodernidad y el hipernarcisismo.

Es posible advertir la falta o, mejor dicho, lo difuso de los límites en diferentes esferas de la vida social: en el Estado, en las instituciones, en las relaciones vinculares entre los individuos, en la construcción de lugares, entre otras, que se corresponden con la excesiva presentación del tiempo, el espacio —que se encuentran cada vez más separados, pero paradójicamente unidos- y la individualidad junto a la caída de los modelos estructuradores pasados.

De la conjunción de las características antes nombradas, surgen los no-lugares. Estos (no)lugares son de todos y de nadie; son habitados por usuarios o consumidores que permanecen fugazmente en estos espacios, imposibilitados de adquirir una identidad, relaciones o historia propia; son lugares donde un texto unidireccional —sea un cartel, señal o pantalla- indica qué es lo que (no)se debe o (no)se puede hacer. A partir de esto, se podría hipotetizar que en los no-lugares el Otro se encuentra presente de manera virtual: está allí, indicando, señalando, pero no ubicado desde la cultura y con la posibilidad de dar un lugar en un discurso, sino apareciendo a través de imágenes. Cabría preguntarse cuál es el papel que juega este Otro virtual en la construcción de los discursos sociales y su rol en la sintomatología de la época, ya que sin Otro cultural —o simbólico- que haga de dique o de tope, los sujetos derivan en el goce y en lo real. Pareciera ser que la dificultad a la que se enfrentan los profesionales en salud mental radica principalmente en hallarse frente a sujetos mudos, sujetos que padecen las patologías del silencio, del deseo y del exceso, sujetos donde el recurso a la palabra se encuentra obturado por la invasión del goce en el cuerpo.

Depresiones, toxicomanías, patologías relacionadas a la (no)ingesta alimenticia, actings, pasajes al acto, síntomas psicósomáticos, síndromes del quemado o burnout, cuadros de ataques de pánico, crisis de angustia, ansiedades, entre demás padecimientos hacen eco de un discurso mudo, sin palabras; de discursos que impiden representar a objetos u (O)otros e insertarlos en una cadena significante; discursos que no permiten adquirir un lugar en una cadena filiatoria y generacional; discursos que no pueden donar identidad ni historia. Los síntomas de la época denuncian que la subjetividad que se construye es un lugar de vacío, de desvalimiento, de desamparo, un no-lugar para los sujetos que se encuentran con un Otro inconsistente o inexistente.

Es tarea de la psicología y el psicoanálisis continuar con la indagación acerca de los tipos de padecer modernos. Padecer estructural e intensificado por el advenimiento del discurso capitalista —o del (los) mercado(s)- (Álvarez, 2006; Braunstein, 2008; Koren, 2008) que no solo trastoca la posibilidad de discurso, sino que también pone al sujeto como el comandante de su verdad. El sujeto en el (no)lugar de dueño o empresario de sí mismo (Han, 2014, 2017; Nicoli & Paltrinieri, 2019), se puede decir, enferma por, desde y para el consumo¹².

5 - Bibliografía

- Álvarez, A. R. (2006). La teoría de los discursos en Jacques Lacan. La formalización del lazo social. Letra Viva.
- Assef, J. (2013). La subjetividad hipermoderna: una lectura de la época desde el cine, la semiótica y el psicoanálisis. Grama Ediciones.
- Augé, M. (1996). El sentido de los otros. Actualidad de la antropología. Paidós.
- Augé, M. (2000). Los no lugares espacios del anonimato. Una antropología de la sobremodernidad. Editorial Gedisa, S.A.
- Ballarino, F. (11 de Marzo de 2018). Salud mental: uno de cada tres argentinos sufre algún trastorno. Obtenido de Diario perfil:

¹² Se debe aclarar que desde esta perspectiva se consideran necesarios estudios locales acerca de las conceptualizaciones propuestas desde un marco conceptual crítico de las teorías eurocentristas que caracterizan la sociedad, por ejemplo, a partir de la perspectiva de la filosofía de la liberación (Scannone, 2013).

- <http://www.perfil.com/noticias/ciencia/salud-mental-uno-de-cada-tres-argentinos-sufre-algun-trastorno.phtml>
- Bär, N. (18 de Junio de 2018). La ansiedad, el trastorno mental más frecuente entre los argentinos. Obtenido de Diario La Nación: <https://www.lanacion.com.ar/2144929-la-ansiedad-el-trastorno-mental-mas-frecuente-entre-los-argentinos>
- Bauman, Z. (2004). *Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2008). *Tiempos líquidos. Vivir en una época de incertidumbre*. Tusquets Editores México.
- Bauman, Z. (2013). *La sociedad sitiada*. Fondo de Cultura Económica.
- Bleichmar, S. (2010). El desmantelamiento de la subjetividad: estallido del yo. Topía Editorial.
- Braunstein, N. A. (2008). 48 variaciones sobre el tema de la "moral sexual". En N. A. Braunstein, & B. B. Fuks, *Cien años de novedad. "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna" de Sigmund Freud (1908-2008)* (pp. 11-54). Siglo XXI.
- Campo-Arias, A., & Cassiani Miranda, C. A. (2008). Trastornos mentales más frecuentes: prevalencia y algunos factores sociodemográficos asociados. *Revista Colombiana de Psiquiatría*, 37(4), 598-613.
- Charles, S. (2006). El individualismo paradójico. Introducción al pensamiento de Gilles Lipovetsky. En G. Lipovetsky, *Los tiempos hipermodernos* (pp. 12-49). Anagrama.
- Fernández Gaos, C. L. (2008). De la nerviosidad al enmudecimiento. En N. A. Braunstein, & B. B. Fuks, *Cien años de novedad. "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna" de Sigmund Freud (1908-2008)* (pp. 161-170). Siglo XXI.
- Fiestas, F., & Piazza, M. (31 de Enero de 2014). Prevalencia de vida y edad de inicio de trastornos mentales en el Perú urbano: Resultados del estudio mundial de salud mental, 2005. *Rev Peru Med Exp Salud Publica*, 39-47.
- Flora de la Barra, M. (2009). Epidemiología de trastornos psiquiátricos en niños y adolescentes: Estudios de prevalencia. *Revista chilena neuro-psiquiátrica*, 303-314.
- Freud, S. (1992). *Obras completas Sigmund Freud (Vol. XVIII). Amorrortu*.
- Freud, S. (1992). *Obras completas Sigmund Freud (Vol. XXI). Amorrortu*.
- Freud, S. (2013). *Obras completas: volumen 9. Siglo Veintiuno Editores*.
- Galende, E. (1998). De un horizonte incierto. *Psicoanálisis y Salud Mental en la sociedad actual*. Paidós.
- Giddens, A. (1994). *Consecuencias de la modernidad*. Alianza.
- Giddens, A. (1997). *Modernidad e identidad del yo. El yo y la sociedad en la época contemporánea*. Ediciones Península.
- Han, B.-C. (2014). *Psicopolítica*. Herder Editorial.
- Han, B.-C. (2017). *La sociedad del cansancio*. Herder Editorial.
- Ibarra Ibáñez, A. N. (2021). Neoliberalismo y subjetividad. El nuevo malestar. *Revista de Psicología*, 20(2), 155-166. doi:<http://dx.doi.org/10.24215/2422572Xe074>
- Kohn, R., Levav, I., Caldas de Almeida, J. M., Vicente, B., Andrade, L., Caraveo-Anduaga, J., . . . Saraceno, B. (18 de Abril-Mayo de 2005). Los trastornos mentales en América Latina y el Caribe: asunto prioritario para la salud pública. *Revista panamericana de salud pública*, 229-240.
- Koren, D. (2008). Cultura sexual y nerviosidad hipermoderna. En N. A. Braunstein, & B. B. Fuks, *Cien años de novedad. "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna" de Sigmund Freud (1908-2008)* (pp. 107-146). Siglo XXI.
- Lacan, J. (1985). *Escritos 1. siglo xxi editores*.
- Lewkowicz, I. (2006). *Pensar sin Estado: La subjetividad en la era de la fluidez*. Paidós.
- Lipovetsky, G. (2003). *La era del vacío*. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2006). *Etapas de una trayectoria intelectual. Conversación con Gilles Lipovetsky, transcripción de Sébastien Charles. (S. Charles, Entrevistador)*. Anagrama.
- Lipovetsky, G. (2006). *Los tiempos hipermodernos*. Anagrama.
- Moreno, E., & Moriana, J. A. (Julio-Agosto de 2012). El tratamiento de problemas psicológicos y de salud mental en atención primaria. *Salud mental*, 35(4), 315-328.
- Nicoli, M., & Paltrinieri, L. (2019). El tránsito del empresario de sí mismo a la start-up existencial en el marco de las transformaciones de la racionalidad neoliberal. *RECERCA, revista de pensamiento analítico*, 24(1), 37-60. doi:<http://dx.doi.org/10.6035/Recerca.2019.24.1.3>
- Obando Posada, D., Romero Porras, J., Triujillo Cano, Á., & Prada Mateus, M. (Enero-Junio de 2017). Estudio epidemiológico de salud mental en población clínica de un centro de atención psicológica. *Psychol.*, 11(1), 85-96.
- Organización Mundial de la Salud. (22 de Marzo de 2018). Obtenido de <http://www.who.int/es/news-room/factsheets/detail/depression>
- Rudge, A. M., & Fuks, B. B. (2008). Freud: Una crítica de la razón sexual. En N. A. Braunstein, & B. B. Fuks, *Cien años de novedad. "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna" de Sigmund Freud (1908-2008)* (pp. 77-96). Siglo XXI editores.
- Sabino, C. A. (2002). *El proceso de investigación*. Editorial Panapo de Venezuela.
- Salamonovitz Weinstock, A. (2008). Tras el cristal. *Metapsicología de la nerviosidad*. En N. A. Braunstein, & B. B. Fuks, *Cien años de novedad. "La moral sexual 'cultural' y la nerviosidad moderna" de Sigmund Freud (1908-2008)* (pp. 147-160). Siglo XXI.
- Sálliche, L. (17 de Junio de 2018). Luciano Lutereau, escritor y psicoanalista: "Desconfío del feminismo de varones". Obtenido de <https://www.infobae.com/cultura/2018/06/17/luciano-lutereau-escritor-y-psicoanalista-desconfio-del-feminismo-de-varones/>
- Scannone, J. C. (2013). La filosofía de la liberación en la Argentina. *Tábano*(9), 11-25.
- Sibilia, P. (2008). *La intimidad como espectáculo*. Fondo de Cultura Económica.
- Torres de Galvos, Y., Agudedo-Martínez, A., Sierra-Hincapié, G. M., & Salas-Zapata, C. (Enero-Junio de 2014). Prevalencia de trastornos mentales en población general del municipio de Itagui (Colombia), 2012. *CES MEDICINA*, 28(1), 49-60.
- Wechsler, E. (2018). *Tiempos modernos: figuras psicoanalíticas del malestar contemporáneo*. Letra Viva.